

PREÁMBULO A DIOS DESEADO Y DESEANTE

En los últimos años se viene sintiendo más y más incómodo el lector de Juan Ramón Jiménez, no tanto en su lectura de *Animal de fondo*¹ como en su desconcierto frente a la crítica. Se le exige que considere cierta parte de su poesía la "culminación de su vida y obra",² sin dársele pauta para medir culminaciones, ni prueba, ni demostración. Cuando no se le habla de mística o de ascética, se le conmina a ver al menos "una teología, cristalina de concepto y radiante de belleza"³ en lo que su ingenuidad sigue llamando sencillamente poesía. Le llega a parecer que, a menudo, los que auscultan la predominancia de lo teológico en el pulso divinizado de Jiménez no son otros que los que, no hace mucho, se ocupaban de alabar la religiosidad de modo para denigrarlo. Pero entre ayer y hoy media un premio Nobel. ¡Y es tan fácil encajonar al premiado en el casillero de los valores religiosos y, con la debida pompa, establecerlo en la jubilación y pedestal de lo clásico y no leído ya! Y el lector que quiere recordar un verso alado o una idea sutil sigue perplejo, negándose a discutir o a aceptar o aun a abrir la boca en defensa del poeta.

Sería muy mala defensa, sin embargo, mantener que el libro casi último de Jiménez es un galimatías incomprendible —que no lo es— o aunque este conjunto de poemas no es digno del Jiménez tan querido durante tantos años de esfuerzo y simpatía. Se apodera del pobre lector el desaliento más mudo mientras va buscando en este libro descorazonador algún verso que le devuelva el ídolo de antaño. Pero, ¿era esto Juan Ramón Jiménez?

Yo nada tengo que purgar.
(L.P. 1289)

¹ *Animal de fondo* (Buenos Aires, Pleamar, 1949), con la versión francesa de Lysandro Z. D. Galtier. Las referencias a la poesía de Jiménez en el texto se darán por los tomos *Primeros libros de poesía* (Madrid, 3ª ed., 1967) y *Libros de poesía* (Madrid, 3ª ed., 1967), con las siglas P. L. P. y L. P., seguidas del número de la página correspondiente.

² Véase ANTONIO SÁNCHEZ BARBUDO, "Dios deseado y deseante. Culminación de la vida y obra de Juan Ramón Jiménez"; "Introducción a JUAN RAMÓN JIMÉNEZ, *Dios deseado y deseante*, Madrid, 1964.

³ AGUSTÍN CABALLERO, "Prólogo", *Libros de poesía*, p. LXII.

¿A quién le puede importar que tengo o no tenga un anciano que purgar mucho o nada? ¿Es que, en verdad, es tan pobre el pensamiento del poeta, que al fin de una trayectoria casi secular no hace más que repetirnos que la redención por la sangre de un dios nuevo hace veinte siglos, no cabe dentro de sus creencias, como cualquier lector moderno sabía ya, al menos desde Baudelaire?

Antes que nada, para poder siquiera dar comienzo a la búsqueda, para no perdernos antes de empezar, tenemos que consolarnos en la seguridad de que no le es posible a Jiménez reducirse al lugar común. Cuando se lo interpreta "a lo divino", se nos escamotea algo por alguna parte. Se nos escapa algo, no hay duda, o alguien nos quiere engañar o nos han engañado o nos hemos dejado embaucar precipitadamente. No puede lo que se escribe en la vejez desdecir todo lo dicho. De algún modo tiene que encajar *Dios deseado y deseante* dentro de la obra suntuosa y sincera de Juan Ramón Jiménez.

Suntuosa y sincera, dirá el lector, y me digo yo, al repensar los adjetivos que se me han volado de la pluma. ¿Cómo puede ser a la vez suntuosa y sincera la obra de un poeta? ¿O es que, por centésima vez, le vamos a dar a la obra de Jiménez el apresurado elogio del adjetivo fácil, y olvidarnos de intentar la tarea pausada de la comprensión? Empecemos, pues, por aclarar lo dicho.

Desde principios de siglo, la poesía juvenil de Juan Ramón había sido la más fina y delicada del idioma. No se podía, entonces, ni se puede hoy, dudar de la sinceridad de un romance en un jardín melancólico, al leer las palabras justas, con su emoción no contaminada todavía de literatura:

... ¡Qué triste es amarlo todo
sin saber lo que se ama!
—... Parece que las estrellas
compadecidas me hablan;
pero, como están tan lejos,
no comprendo sus palabras.—
¡Qué triste es tener sin flores
el santo jardín del alma,
soñar con almas en flor,
soñar con sonrisas plácidas,
con ojos dulces, con tardes
de primaveras fantásticas!...
¡Qué triste es llorar, sin ojos

que contesten nuestras lágrimas
 estando toda la noche
 como unos ojos mirándolas! 4

No hay nada de suntuoso o adornado aquí, por cierto. Pero, aun en el Jiménez más joven, convengamos, tiene que haber algo de aprendido. Puntualicemos: cada vez que Jiménez se acerca a un tema, a una manera, a una emoción, es a través de lecturas de las que se aprovecha su ávida mente para orientarse hacia el nombre exacto. En el "Nocturno" citado, según lo confirman las autobiografías del autor, andan, como en toda la obra de este momento, las lecturas del Romancero y de Bécquer. En este sentido, junto con la sinceridad innegable de la emoción, podemos postular en la obra de Jiménez una constante búsqueda literaria, que se puede comprobar en la franqueza con que el autor nos informa de su repetición de lo leído, cuando le parece necesario —a veces en epígrafes de la poesía popular o culta, española o extranjera. Un ejemplo que nos servirá para orientarnos se encuentra en *Olvidanzas: Las hojas verdes* de 1906:

Tú, que entre la noche bruna,
 en una torre amari-
 lla, eras como un punto, ¡oh lunar!
 sobre una i.

(P.L.P. 719)

No hace más que repetir Jiménez en esta estrofa las palabras de Alfred de Musset que nos da como epígrafe del mismo poema, y, por lo tanto, tendrá que aceptarse que no hay nada escondido, y no hay nada que esconder, en esta incursión literaria de adorno, suntuosidad o préstamo:

C'était, dans la nuit brune,
 Sur le clocher jauni,
 La lune,
 Comme un point sur un i.

La única originalidad, la de dividir el vocablo "amarilla" para obtener un asomo de rima tiene también —lo sabemos todos— antecedentes literarios remotos y bien conocidos. La sinceridad

4 Segunda antología poética, Madrid, 1923, p. 19.

literaria de Juan Ramón no pretende esconder nada, y, por lo mismo, su aprendizaje resulta natural y es aceptado. Tampoco nos esconde nada el joven poeta, aunque no nos revele la fuente literaria, si es que la hubo, en uno de los poemas religiosos de sus primeros libros. Lo recuerda el lector, seguramente, aunque con toda probabilidad lo haya relegado a esa región de la obra de Jiménez que tiene menos validez, porque no se sitúa en la corriente de su pensamiento que se completa más tarde:

Lo que Vos queráis, Señor;
sea lo que Vos queráis.

Si queréis que, entre las rosas,
ría hacia los matinales
resplandores de la vida,
sea lo que Vos queráis.

Si queréis que entre los cardos,
sangre hacia las insondables
sombras de la noche eterna,
sea lo que Vos queráis.

Gracias si queréis que mire,
gracias si queréis cegarme;
gracias por todo y por nada;
sea lo que Vos queráis.

Lo que Vos queráis, Señor;
sea lo que Vos queráis.⁵

Como el poeta que conocemos y repetimos se desvía muy pronto hacia otras formas de pensamiento, como en realidad lo que escribía por entonces no eran plegarias precisamente, este pequeño ejercicio de religiosidad, junto con otros que veremos, no parece tener mayor importancia. Se publicó muy tarde el poema, se olvidaron con mucha facilidad otros versos de este tipo, y no hubo repercusión en el ambiente literario hispánico al aparecer unos pocos momentos religiosos entre los numerosos versos de Jiménez. Aún menos importante pareció la afirmación de Jiménez repetida a menudo por críticos y biógrafos⁶ de que

⁵ *Ibid.*, p. 95.

⁶ Véase GRACIELA PALAU DE NEMES, *Vida y obra de Juan Ramón Jiménez*, Madrid, 1957, pp. 29-31.

la *Imitación de Cristo* de Tomás de Kempis había sido su libro predilecto durante muchos años. Al recordar las afiebradas alcobas y los rocíos carnales en los jardines con Francina, no podemos menos que sonreírnos. No se compagina la poesía de lo sensual, llena de la tristeza meditabunda del sexo, con esta esporádica incursión por los campos de una religiosidad muy española, pero bien olvidada después del colegio. Ni siquiera hace el lector una escisión para contrastar la obra variada y profusa que abarca numerosas experiencias reales y literarias llenas de pasión y amargura, con la pequeñísima parte que quiere conquistar una emoción más o menos religiosa. Mucho más fácil es rechazar, olvidar casi, esta parte ínfima de la obra juvenil de Jiménez.

I

Aceptemos, para poder proseguir, que debe haber habido algo de literario, aprendido, voluntario, suntuoso si se quiere, en esta parte olvidada de la obra de Jiménez, lo mismo que en la parte no religiosa y mayor. Además, no es menos sincera la poesía en su deseo de acapararse las experiencias imaginadas al través de los hechos. No hay ni siquiera posibilidad alguna de distinguir lo que brota del vivir cotidiano o del imaginar libresco. Y en Jiménez se da un fenómeno sutil por medio del cual la experiencia de la lectura del poema de Musset, por ejemplo, busca incorporarse al pensamiento y hacerse experiencia vivida. Partiendo de lo literario se puede llegar a lo real en carne y hueso, tanto como, ¡ay!, lo contrario.

Como consecuencia, uno de los problemas que se le presentan a Jiménez hacia 1916 o 1917, cuando empieza a antologizar su obra, es el de encajar lo religioso que había intuido y aprendido, no importa si en Kempis o en San Juan de la Cruz, dentro de lo que había vivido o iba a vivir. Del pasado le quedaban unos trozos que iba a rescatar en sus antologías. La vida que esperaba había decidido que sería la vida del presente, que la viviría minuto a minuto en lo conseguido ya, no en lo deseado o soñado. El cambio es importante, puesto que sella una vida y una obra, y se expresa repetidamente en el *Diario de un poeta recién casado* escrito en 1916, al mismo tiempo casi en que ocu-

re el trabajo seleccionador que resulta en la primera antología de 1917.⁷

La distinción entre lo suntuoso o literario y lo delicado o sincero no puede darse más clara que en estas selecciones. Trabaja el antologista en revisiones que arrancan lo postizo y destierran lo imitado con certeza, y a veces hasta con crueldad. No obstante, en ocasiones se le escapan a Jiménez algunas correcciones que traicionan la obra anterior, al revelar un deseo de desorientar o aun de anular un pasado vivido e intransferible, para hacerlo falso antecedente de un futuro intuido: Cuando "amargura" cede su lugar a "ventura"⁸ el poeta se está inventando una vida nueva, un pasado contrario al suyo, algo que no había vivido y que no podía comprender como experiencia.

En cambio, como en esta vida que quiere inventarse Jiménez tiene que rechazar lo ascético y, al mismo tiempo, darle cabida de algún modo a aquel atisbo olvidado de religiosidad, se echa mano a lo literario inmediato, que, ahora, está cerquita. Como en los años anteriores había traducido Jiménez, en colaboración con Zenobia Camprubí, la obra de Rabindranath Tagore, es fácil la solución al problema: hallar aquí el dios de un panteísmo en cuyo culto la ascesis es no sólo poco necesaria, sino posiblemente un pecado de negación.⁹ Es así como el culto del presente y de lo total se repite por estos años para hallar su síntesis en una exclamación clave:

¡Cuerpo desnudo y alma libre;
eterna juventud de mi canción!

(L.P. 938)

Es que el poeta del culto a los sentidos, perdido un día en las redes del cuerpo, puede encontrar sólo una manera de ver a Dios: la de pensar a Dios como concepto. Es el suyo un dios-concepto, muy lejos de la tradición de su lengua, pero bien preparado en lecturas exóticas. Éste, ahora lo vemos, es el dios

⁷ *Poesías escogidas* (1889-1917), Nueva York, The Hispanic Society of America, 1917.

⁸ "Y esta amargura eterna de un amor sin amores" (P. L. P. 796).

⁹ Existe un "cuaderno negro", escrito entre 1910 y 1912, en el que Jiménez deja constancia de lecturas orientales y "el afán de encontrar la fuente del universo" en Pitágoras, que ha sido comentado por Ricardo Gullón, pero no publicado todavía. (Véase "Ricardo Gullón en Madrid", *Insula*, 1970, núm. 288, p. 2).

que conocíamos los lectores de Jiménez y que debíamos haber recordado, en vez de meternos en teologías, al leer *Animal de fondo*. Ya había aparecido este dios en su totalidad, pensado en su totalidad, en *Eternidades* (1916-17), en dos poemas fundamentales. El primero es casi un madrigal:

Sí —dice el día—. No
—dice la noche—.

¿Quién deshoja esta inmensa margarita,
de oro, blanca y negra?
¿Y cuándo, di, Señor de lo increado,
creerás que te queremos?

(L.P. 791)

El "Señor de lo increado" es un dios no cristiano, totalmente opuesto al Dios creador, a pesar de que algunos críticos insistan en demostrar, sin más base que sus deseos, que el pensamiento de Jiménez se acerca a la ortodoxia por caminos muy suyos. Los hechos son muy distintos. En *Eternidades* el poeta da un salto por medio del cual se aleja enteramente de la ortodoxia. Se pueden encontrar antecedentes ideológicos de esta posición que, literariamente, viene de Tagore, en el panteísmo de Occidente, en Spinoza si se quiere, tanto como en las lecturas religiosas del Oriente que realizó Jiménez, como lo prueba el fragmento del sánscrito que sirve de portada ética a su nuevo pensamiento encabezando el *Diario de un poeta recién casado*. No podemos menos que postular, entonces, una decisión de aproximarse a concepciones ético-religiosas de un mundo distante del suyo; pero también, y de acuerdo con las costumbres de Jiménez, tenemos que aceptar lo literario que sirve de trampolín a la experiencia. Además de la lectura cuidadosa de Tagore, se puede encontrar un antecedente inmediato en la poesía inglesa que explica la forma, aunque no el pensamiento, de este poema, de exquisita perfección, de *Eternidades*:

Villanelle of Marguerites

"A little, passionately, not at all!"
She casts the snowy petals on the air;
And what care we how many petals fall!

Nay, wherefore seek the seasons to forestall?

It is but playing, and she will not care,
A little, passionately, not at all!

She would not answer us if we should call
Across the years: her visions are too fair;
And what care how many petals fall!

She knows us not, nor recks if she enthrall
With voice and eyes and fashion of her hair,
A little, passionately, not at all!

Knee-deep she goes in meadow grasses tall,
Kissed by the daisies that her fingers tear:
And what care we how many petals fall!

We pass and go: but she shall not recall
What men we were, nor all she made us bear:
"A little, passionately, not at all!"
And what care we how many petals fall!¹⁰

Publicado este poema en 1894, parecería imposible que no lo conociese Jiménez, quien desde 1912 se dedicaba a la lectura de la poesía inglesa. El parecido entre la fuente y el poema español es indudable; las diferencias, extraordinarias. Lo que sirve de base a ambos poemas, la metáfora de un juego amoroso aplicado al sucederse natural del día y la noche, establece la relación. Pero lo que era sentimentalidad algo fofa en Dowson se ha convertido en un osado salto del pensamiento hacia la definición de un concepto extraño y luminoso, el de un "Señor de lo increado". Poco importa cómo se haya forjado el poema de qué literaturas haya sido derivado; lo que importa, y mucho, es la exactitud del pensamiento. Estamos en presencia de una experiencia religiosa, pero única y diferente de la tradicional en España. Aquí la dependencia de criatura a creador no tiene sentido ni necesidad, ya que la religiosidad no se dirige hacia el pasado para encontrar un principio o un padre. Todo lo contrario, este sentimiento religioso se embarca en un devenir que nos lleva hacia el fin del pensamiento, hacia un concepto de la divinidad venidera que se dirige hacia lo no creado todavía. Que esta visión no es invención del lector, exégesis a posteriori basada en la lectura de *Dios deseado y deseante* se puede

¹⁰ ERNEST DOWSON, *The poetical Works of Ernest Dowson*, London, 1967, p. 45.

probar muy fácilmente por medio de la lectura del segundo de los poemas de *Eternidades* mencionados como los fundamentales en la tentativa de Jiménez de incorporarse su propio pasado religioso, sus nuevas lecturas, y de fundirlo con su nuevo estado poético de conocimiento puro de lo conseguido:

Yo solo Dios y padre y madre míos,
me estoy haciendo, día y noche, nuevo
y a mi gusto.

Seré más yo, porque me hago
conmigo mismo,
conmigo solo,
hijo también y hermano, a un tiempo
que madre y padre y Dios.

Lo seré todo

pues que mi alma es infinita;
y nunca moriré, pues que soy todo.

¡Qué gloria, qué deleite, qué alegría,
qué olvido de las cosas,
en esta nueva voluntad,
en este hacerme yo a mí mismo eterno!

(L.P. 647)

Este ser que se crea Jiménez es el mismo que preside sus libros posteriores: el "Dios del venir" (L.P. 1289), palabras con que se inicia *Animal de fondo*. Si el "dandysme lunaire" (P.L.P. 408) de Laforgue no molestaba a los lectores de Jiménez, ¿por qué habría de estorbarnos la comprensión el que se creara Jiménez su dios a su modo, influido por otras lecturas? En verdad nunca se había dado un lector de Jiménez que no se sintiera a gusto en la heterodoxia de un mundo poético en que Dios sirve al pensamiento, hasta que los críticos se apoderaron de *Animal de fondo* que —se ve claro ahora— no hace sino continuar, por una parte, esta posibilidad del pensamiento literario de Jiménez, adentrándose por otra en lo menos literario, en el análisis de su propio sentimiento frente a este dios para el porvenir hacia el que se dirige la mente pensante.

II

Pero entonces, ¿por qué, para qué se nos ha tratado de escamotear el pensamiento de Jiménez? ¿Es que él mismo, en su coquetería de poeta famoso, nos ha desviado en sus notas ambiguas, en las que se aparece en "entrega sensitiva", como "fenómeno intelectual" y "como un hallazgo, como una realidad de lo verdadero suficiente y justo", tres veces un dios o "lo divino como una conciencia única?" (L.P. 1842). ¿Había más vanidad que verdadera comprensión en las palabras y las explicaciones?

Lo que ha sucedido, si nos atenemos a los hechos poéticos, que son los únicos que nos importan, y olvidamos las acotaciones de un poeta afiebrado y de los críticos tendenciosos, no es muy difícil de puntualizar. En la obra de Juan Ramón Jiménez hay siempre aproximaciones paulatinas a lo perfecto, o casi perfecto, como quería él, en distintos ciclos, con temas, emociones y experiencias que se suceden unos a otros. No se puede tergiversar la historia: mientras la poesía repite posibilidades y asedia la expresión, la experiencia es sólo aproximada. Sólo en el momento en que la palabra consigue la expresión, cabal, se completa la experiencia.

El pensamiento de Jiménez había delimitado en atrevida incursión un concepto de lo divino acorde con la totalidad de su visión del mundo y que no se avenía para nada con las lecciones religiosas del hogar o del colegio, como que las había olvidado el joven por los años del modernismo en sus lecturas españolas y extranjeras y en sus desvíos emocionales e intelectuales. En estos años de olvido, cuando se está formando una manera de pensar distinta, hay de vez en cuando como un recuerdo de las creencias infantiles en un Dios creador, hacedor, omnipotente, al que se le puede dirigir una plegaria y pedir un milagro:

¡Oh, sí, Señor, Señor, que padeciste tanto,
da otra vez su luz negra a ese mirar profundo!
¡Levanta esa cabeza, que contiene en su encanto
todas las maravillas inmortales del mundo!

(P.L.P. 1204)

Que este pensamiento es como un recuerdo sin validez de creencia se puede confirmar hojeando el mismo libro, *Laberinto*, de 1913, en el que se encuentra la duda más absoluta unas páginas después:

¿Qué niño idiota, hijo del odio y del dolor,
hizo el mundo jugando con pompas de jabón?

(P.L.P. 1209)

Esta íntima contradicción es prueba de la falta de atención de Jiménez al problema religioso, debida a las preocupaciones bien distintas del emocionado joven en su donjuanismo literario y a su dolor en el descubrimiento del mundo y de la carne. Al liberarse, poco a poco, la mente del poeta de sus obsesiones y sus amargas, construye en los años inmediatamente posteriores una actitud filosófica que hace innecesarias las creencias heredadas, lo mismo que el pesimismo de las dudas y contradicciones del ateísmo. Se edifica la mente un pensamiento o una casi creencia en un ser divino a la manera de las lecturas hindúes, y sin fe tampoco en este caso, puesto que la fe religiosa que sirve de base al pensamiento filosófico que asimila Jiménez, le es extraña. Ahora es cuando necesita el poeta determinar qué experiencia suya lo llevará a producir la poesía vivida correspondiente a su filosofía hallada.

No hay aquí, entendamos, ni deseo ni intención de engañar o engañarse por parte del autor. Todo lo contrario, el ritmo natural de la creación lo requiere: una vez tranquila la mente en su hallazgo de conceptos o ideas fundamentales que no anulen las experiencias y las emociones vividas, lo más natural es proceder a la expresión en teoría o en arte o en ambos. De hecho, la experiencia poética de San Juan de la Cruz, en cuanto podemos separarla de su vida religiosa, es también tardía, y por la misma razón. Primero tiene que encontrarse la justificación intelectual y comprenderse totalmente el sentido de la experiencia, para poder luego darle expresión poética y explicación teórica. Sólo en este ritmo general, sin embargo, se puede establecer parecidos entre la experiencia de Jiménez y la de San Juan de la Cruz. Por otra parte, Jiménez, como todos los que han aprendido a balbucear en español, lleva en su lengua la tradición formal de San Juan, la que usa para la expresión del placer intelectual tomando las imágenes del amor humano y

transformándolas en metáforas de amor carnal. Al mismo tiempo, lo que había sido senda hacia la luz de la unión mística se convierte en camino de claridad y descubrimiento intelectual únicamente. De esta manera, y en otra faceta de su obra, consigue Jiménez una cumbre de expresión y sentimiento alejada de San Juan en el pensamiento, aunque dependiente de un cruce de mundos semejante en la técnica. De esta semejanza proviene un lugar común de la crítica, que quiere comparar lo que no tiene por qué compararse, ya que en su pujanza la lírica del poeta moderno llega a su cumbre distinta por caminos propios y sin más deuda que la que siempre paga la mente a la tradición:

¡Siempre yo penetrándote,
pero tú siempre virgen,
sombra; como aquel día
en que primero vine
llamando a tu secreto,
cargado de afán librel

(L.P. 871)

No hay éxtasis aquí. El énfasis de la experiencia es la búsqueda, no el hallazgo. Ni la experiencia, ni la expresión pertenecen a la tradición mística española; como no pertenecían en aquel poema de *Eternidades* en que descubre la mente de Jiménez su "Señor de lo increado", para preguntarle desde su afán de búsqueda si es que habría alguna vez una día de comprensión total. Sin desdeñar sus creencias filosóficas en el dios "del venir" (L.P. 1289), necesita ahora la inquietud del poeta elaborar una teoría del éxtasis que le permita adueñarse de una experiencia más en su deseo omnívoro de hacer todo poesía, de hacerse en todo poesía.

III

Para dar con su experiencia, se puso Jiménez a pensar y a explicarse en prólogo y notas de publicación póstuma.¹¹ En ellos deja adivinar que él mismo creía a medias haber vivido ciertas experiencias de carácter religioso y de sentido místico. Tendremos que aceptar que se trata aquí de comprender la experiencia

¹¹ Véase la edición de Antonio Sánchez Barbudo citada en la nota 2.

del éxtasis, puesto que el poeta mismo lo concibe de esta manera. Pero antes de entrar a describir cómo era su éxtasis y qué nos dejó en poesía, conviene señalar que de su propia experiencia deduce Jiménez, cosa extraña en un poeta, que debe haber una realidad externa que produce, incita y es responsable de la existencia de la experiencia humana del éxtasis. Extraño que un poeta ya anciano no sepa darse cuenta de que los parecidos en las expresiones del éxtasis de una y otra tradición a través de milenios de literatura, pueden muy bien ser sólo prueba de lo opuesto. Si se parecen las expresiones, diría el que ha tenido la experiencia de la creación artística, será porque dependen unas de otras, y nada puede afirmarse acerca de la experiencia inicial, porque sólo tenemos una cadena de expresiones imitadas unas de otras. La realidad externa que se intenta postular como principio de la experiencia puede reducirse entonces a una forma literaria que se continúa.

En Jiménez la realidad y la experiencia han sido resultado de su necesidad intelectual de confirmar la idea de un dios descubierto en la lectura. Como su dios es distinto al de la tradición, su éxtasis no puede parecerse al de la mística española, y no se parece, aunque la expresión pueda a veces seguir las normas del idioma, muchas de las cuales son del propio Jiménez en su juventud. Y es de notar que a menudo un epígrafe del propio poeta, seguido de un nostálgico "antes", quiere marcar la presencia de un hombre distinto.

Como Jiménez sigue creyendo en un dios de lo increado, su éxtasis tendrá necesariamente que ser la comprensión de los siglos venideros a través de lo existente: un éxtasis natural, sin intervención de lo sobrenatural o milagroso, que desdeciría la posibilidad de este dios del venir para hacerlo un dios de decisiones y comienzos: el dios de la creación. Como hay cierta contradicción entre la experiencia y su expresión, por una parte, y el deseo, por la otra, de dar en tratado más o menos poético un breviario nuevo, la obra de Jiménez en sus últimos años se bifurca: hay poemas que no se preocupan de convencernos de nada, porque son auténtica expresión de la experiencia nueva —y vieja, puesto que se hallaba en presagio treinta años antes— del éxtasis natural; y hay poemas artificiales en los que se tantean las posibilidades de las ideas nuevas. Entre los mejores trozos que escribió Jiménez en el exilio, "Los árboles", publicado

en *Taller*,¹² es uno de los primeros encuentros del poeta con la naturaleza inmanente en la que se pierde la conciencia. Este desleírse en las criaturas no es, ni mucho menos, el éxtasis místico tradicional; todo lo contrario, presupone la ausencia de un ser divino, y es sólo éxtasis de disolución del yo en igualdad y simpatía con los otros seres naturales:

Y yo los oía hablar,
entre el nublado de nácares,
con blando rumor, de mí,
Y ¿cómo desengañarles?

¿Cómo decirles que no,
que yo era sólo el pasante,
que no me hablaran a mí?
No quería traicionarles.

Y ya muy tarde, ayer tarde,
Oí hablarme a los árboles.

Muchos de los poemas de los años de exilio, algunos anteriores, de acuerdo con las fechas que Jiménez mismo nos da, pueden parangonarse a la excelsitud de este romance incomparable, "Sitio perpetuo" (L.P. 1136), "Su sitio fiel" (L.P. 1170), "Criatura afortunada" (L.P. 1247), "Mirlo fiel" (L.P. 1261), para citar unos pocos del libro *La estación total* (1923-1936), en cuya lectura se comprende bien la continuidad del pensamiento de Jiménez, que va a seguir su desarrollo en el exilio. Ya había encontrado el poeta la expresión de su éxtasis, entonces, y "Los árboles" es un punto culminante un poco posterior a este libro. Al mismo tiempo, como de costumbre, trata Jiménez de explicarse a sí mismo en prosa y verso, y comienza la construcción de un libro, *Dios deseado y deseante*, que se publica en forma fragmentaria con el título de *Animal de fondo* y que pasa a ser parte de sus antologías.

Que la crítica se haya preocupado por este libro para ensalzar a Jiménez, es algo fácil de explicar: hay en él poca poesía y muchas ideas. Aun cuando se habla del éxtasis, se lo nombra o describe casi a medida del crítico:

¹² México, X (1940) 10-11. Incluido más tarde en *Romances de Coral Gables* (México, 1948) y en la *Tercera antología poética* (Madrid, 1957), con el título "Árboles hombres".

Dios del venir, te siento entre mis manos,
aquí estás enredado conmigo, en lucha hermosa
de amor, lo mismo
que un fuego con su aire.

No eres mi redentor, ni eres mi ejemplo,
ni mi padre, ni mi hijo, ni mi hermano;
eres igual y uno, eres distinto y todo;
eres dios de lo hermoso conseguido,
conciencia mía de lo hermoso.

Yo nada tengo que purgar.

(L.P. 1289)

En el prosaísmo de este trozo y otros tantos de *Animal de fondo*, puede perderse el lector y concluir que iban decayendo ya las fuerzas de Juan Ramón Jiménez. Lo que sería completamente injusto. El cambiar, el dirigirse hacia metas nuevas, es prueba de juventud intelectual. Lo que parece haber sucedido es un poco más complicado y verosímil: le faltó tiempo a Jiménez para hacer la debida selección entre todos sus borradores. Por lo tanto, nos toca hacerlo a nosotros, no a los críticos que se enfurecían ayer con él por corregirse y antologizarse a sí mismo, y que se divierten hoy tratando de hacer a su medida al poeta inmensurable. Mucho más valor que la vacía admiración que no comprende o distingue, será la selección delicada que trate de hacer lo que hubiera hecho él, si hubiera vivido con las fuerzas necesarias. Si nos equivocamos a veces, ya habrá mañana quien nos corrija. Entre los poemas de éxtasis que debemos conservar como modelos de una experiencia suya y nuestra, dentro de una concepción del mundo nuestra y suya, podremos elegir a gusto, pero quizá ninguno tan sutil como el "Requiem" que inicia el libro *En el otro costado* de la *Tercera antología poética*:

Cuando todos los siglos vuelven,
anoheciendo, a su belleza,
sube el ámbito universal
la unidad honda de la tierra.

Entonces nuestra vida alcanza
la alta razón de su existencia:
todos somos reyes iguales
en la tierra, reina completa.

Lo que se explica en prosaica lección en las páginas de *Dios deseado y deseante*, ya se había puesto en el éxtasis de este poema único. En él la totalidad emerge para igualarnos, sin distinción de santo o pecador, de gracia conseguida o negada, para completar el momento de exquisitez suprema en que le encontramos razón al vivir:

Le vemos la sien infinita,
le escuchamos la voz inmensa,
nos sentimos acumulados
por sus dos manos verdaderas.

Su mar total es nuestra sangre,
nuestra carne es toda su piedra,
respiramos su aire uno,
su fuego único nos incendia.

La tierra se hace más nuestra y cercana, hasta se nos funden sus elementos y los nuestros. Es ésta la conclusión natural del pensamiento cuando se eleva en éxtasis sin desligarse de la sustancia que le da vida:

Ella está con nosotros todos,
y todos estamos con ella;
ella es bastante para darnos
a todos la sustancia eterna.

Y tocamos el cenit último
con la luz de nuestras cabezas
y nos detenemos seguros
de estar en lo que no se deja.

En los eneasílabos polirrítmicos de extraño y dulce sabor de este "Requiem", se da la expresión máxima del éxtasis natural, tal como lo comprendió Juan Ramón Jiménez al fin de su vida. Repetidamente, en verso y en prosa, se pueden hallar por su obra de estos años fragmentos de luz que habrá que juntar un día, cuando se le pueda ya ofrecer al porvenir la cima de nuestro pasado inmediato.

BERNARDO GICOVATE

Stanford University.